

SAN AGUSTIN

Su vida y su labor

(Continuación)

La doctrina cristiana es, como Dios de quien procede, una e invariable: íntegra se hallaba en manos del apostolado el día de Pentecostés. Pero así como el Salvador en quien, desde la encarnación, se hallaban los tesoros de la sabiduría y de la ciencia divinas, iba «creciendo en sabiduría y en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres» (1); así el dogma, uno e inmutable, ha ido desarrollándose, sin cambiar en realidad, al través de los siglos. Y muchas que hoy son verdades de todos conocidas eran, en siglos anteriores, puntos sujetos a controversias y disputas (2).

Tal acontecía en el siglo V con el problema del origen del alma humana. Muchos doctores, con el máximo san Jerónimo a la cabeza, defendían la que es hoy creencia de la Iglesia universal: que el alma de cada hombre es creada por Dios en el momento en que ha de unirse con el cuerpo. Otros juzgaban que el alma procede de los padres, por una especie de generación espiritual, como el cuerpo resulta de la generación material. San Agustín discute ambas doctrinas, y se inclina a la segunda, porque se aviene más con sus ideas platónicas, y explica mejor—así lo creía el santo—el dogma del pecado original. Entre el solitario de Belén y el sacerdote de Hipona se estableció sobre esta materia animada e interesantísima correspondencia epistolar. Jerónimo con su acostumbrada vehemencia apretaba a su joven adversario y amigo a que se pusiese de su lado; Agustín le respondía: «Deseo participar de vuestra opinión sobre la creación cotidiana de las almas,

(1) *Luc. II. 52.*

(2) *Cf. Newman—Development of Christian Doctrine.*

si no se opone a los inquebrantables artículos de nuestra fe; porque si les es contraria, ni vos ni yo debemos profesarla» (1). ¿No vale la pena de caer uno en un error involuntario, por poder escribir líneas como las citadas, tan llenas de moderación, de deferencia al ajeno dictamen, de fe ciega en los artículos de la fe?

Al tratar de la inmortalidad del alma vuelve Agustín a su altísima y conmovedora elocuencia. Escribió un libro exprofeso sobre esta verdad; fuera de lo que dice sobre ella en mil páginas de sus obras. Todos los argumentos con que hoy combatimos el materialismo se hallan ya en la obra de Agustín; pero él se fija particularmente en la reflexión de que el cuerpo materia vil y despreciable no parece al morir y sólo cambia de forma; y ¿cómo es posible que el alma, imagen de Dios, reina de todas las criaturas terrenales, hermana de los ángeles, perezca y se anade? «El alma es vida, de donde se entiende por vivo todo cuanto está animado; y por muerto, es decir, privado de vida, todo lo inánime pero que podría animarse. Luego el alma no puede morir. Porque si pudiera carecer de vida, no sería ánima sino sér animado» (2). Alega también con notable profundidad la prueba sacada del sentimiento de la inmortalidad que el hombre no puede arrancar del corazón, aun cuando llegue a borrar de la mente el convencimiento de la verdad. El suicida mismo da testimonio de ello. Oigase el pasaje en que san Agustín lo explica: «Cuando alguien, creyendo que dejará de ser después de la muerte, se deja llevar por el ansia de morir a fin de librarse de intolerables molestias, y se quita la vida, en la mente tiene el error de que parece por completo; en el corazón el deseo de reposo. Mas lo que se halla tranquilo no es una pura nada; al contrario, es más que lo que está inquieto. Porque la inquietud muda los afectos y hace que cada uno destruya al precedente; mien-

(1) *Epist. 166.*

(2) *De inmortalitate animae, Cap. XI.*

tras que el reposo tiene una constancia que todo lo conserva. Así aquella voluntad de morir en realidad no es deseo de no ser, sino anhelo por descansar. La mente juzga erradamente que el suicidio conduce al no ser; el corazón tiende por medio del mismo acto, al descanso, es decir, a una existencia más completa» (1).

El ramo de la filosofía en que san Agustín eclipsó a sus predecesores, y por ninguno de cuantos le siguieron ha sido superado, es la teodicea. El estudio de Dios principia en la primera página del primero de los libros que escribió nuestro santo, y termina en el último aparte del postrero de sus tratados. La idea de Dios llena las obras de san Agustín, las informa y vivifica, como Dios mismo colma, anima y mueve toda la creación. Al tratar de otros puntos nos hemos atrevido a hacer citas: al llegar aquí los mil y tantos libros del gran doctor nos ofrecen tantos lugares que transcribir como párrafos contiene, y abrumados por la abundancia misma de la materia preferimos dejarla intacta. Mas el santo no se contenta con dar a conocer a Dios: lo hace amar por lo que de él enseña y contagiando al lector con los afectos que en las páginas desbordan. Cuando habla con su Señor con respeto para admirarle la infinita grandeza y humillarse hasta el polvo, se creería uno en la cima del Sinaí, o en la cumbre del Tabor; siente a Dios que truena desde lo alto, oye la voz del Altísimo; le ve disparar sus saetas y disipar y aterrar a los enemigos de su nombre; hácese visibles los ocultos manantiales de las aguas, quedan descubiertos los cimientos del orbe terráqueo al estruendo de la venida del Señor, al soplo del aliento de su ira (2). Y cuando Agustín habla con su Padre celestial, y le abre el corazón, y departe con él en íntima y dulcísima plática, creería uno estar oyendo a san Juan reclinado en el pecho del Salvador, o los ena-

(1) *De libero arbitrio*, l. III, c. 8.

(2) *Ps.* XVIII, 16.

morados lamentos de la Esposa de los Cantares cuando cree haber perdido al amado de su alma.

¡Tremendo pero merecido castigo el que en nuestros días ha infligido la divina sabiduría a la soberbia humana! Vivimos tratando de apagar la sed de saber que nos devora en las cisternas secas y medio dañadas de la incompleta filosofía moderna; y tenemos como rancias vejeces los libros de los antiguos sabios, donde se hallan los manantiales de aguas vivas, únicas que pueden saciarnos. ¡Bendito el gran Pontífice reinante que ha hecho que el mundo torne a las fuentes de la verdadera sabiduría! Y cómo enaltece él en su inmortal encíclica *Æterni Patris* al grande obispo cuyo bosquejo estamos procurando trazar. Después de los Santos Padres en general, el Soberano Pontífice añade: «Pero entre todos ellos la palma parece pertenecer a Agustín, a aquel poderoso genio, quien, poseedor de todas las ciencias divinas y humanas, armado de soberana fe, y no menor doctrina combatió sin descanso todos los errores de su siglo. ¿Qué punto de la filosofía no tocó, más aún, no profundizó, ora al descubrir a los fieles los más altos misterios de la fe, al mismo tiempo que los defendía contra los asaltos de los adversarios; ora al reducir a la nada las ficciones de los académicos y de los maniqueos y echar así firmísimos los fundamentos de la ciencia humana; ora al investigar la razón, el origen y las causas de los males que abruma con su peso al humano linaje? ¡Con cuánta abundancia y penetración no trató sobre los ángeles, el alma, el espíritu humano, la voluntad y el libre albedrío, la religión y la vida bienaventurada, el tiempo y la eternidad, y hasta sobre la naturaleza de los cuerpos ocasionados a cambios y mudanzas!» Temeridad fuera añadir una palabra más a las elocuentísimas de León XIII. que acaban de leerse.



La filosofía no es el asiento del trono desde donde san Agustín impera; no es sino la región por donde el doctor de la Gracia, pasa de camino a su reino. Las investigaciones filosóficas no son el fin de sus trabajos: son apenas instrumentos con que descubrir ricos tesoros. Como filósofo puede afiliarse a una escuela, compararse con otros sabios; como teólogo, lo mejor que uno puede decir de él es que su teología es la teología de san Agustín. Al oír esto no faltará lector que sonría con desdén. Para muchas gentes los estudios teológicos son cosa que no vale la pena. Que un hombre pase la vida estudiando las arañas y los zancudos, para clasificarlos con exquisito esmero, es cosa digna del más profundo respeto; que gaste las horas en investigar la esencia del alma, sus relaciones con Dios, sus destinos futuros, es yerro que pueda perdonarsele; pero que trate de conocer la naturaleza misma de Dios, sus obras y sus atributos, los deberes que ligan a la criatura con su Hacedor y los medios de alcanzar la felicidad eterna, es culpa imperdonable y horrenda. El padre Secchi fué un grande hombre, a pesar de ser jesuíta; Newman es un varón respetable, aunque un poco ideólogo; Fránzelin,.... ¡qué lástima que no escribiera sino teologías!

R. M. CARRASQUILLA

(Continuará)

REVISTA

DEL

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura

*Actos oficiales del Colegio—Filosofía—Ciencias—
Literatura, etc.*

Se publica un número de 64 páginas el día 1.º de cada mes, excepto enero y diciembre.

Sólo se cánjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....	\$ 0.20
Suscripción por año (adelantada)....	2.00
Número atrasado.....	0.30

Avisos

1 Página inserción.....	\$ 6.00
$\frac{1}{2}$ » »	3.00
$\frac{1}{4}$ » »	1.50

Para todo lo relativo a la REVISTA, dirigirse al Administrador, apartado de correos número 72.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad, siempre que venga el valor del pedido.



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico